



Paterson: la poética de lo cotidiano y el juicio crítico

Siete días en la vida rutinaria de un joven conductor de autobuses que escribe poemas, al modo de William Carl Williams, y es feliz a su manera, en su pequeño mundo doméstico, junto a la esposa que le ama y le admira, la amorosa Laura, que pasa sus días pintando cortinas, haciendo plum-cakes y soñando con aprender a tocar la guitarra... Y sobre todo, el empeño en atrapar trascendentalmente lo prosaico.

Conocíamos bien la extraordinaria habilidad de Jim Jarmusch para construir personajes singulares, pequeños universos donde, en eso que llamaríamos gente normal nada corriente, se manifiestan las paradojas del destino; que dentro de cada ser humano hay una estrella, (*una estrella que dura apenas un minuto en esa infinita trayectoria que es un día del mundo*) como dijera el dramaturgo argentino Osvaldo Dragún. Los filmes de Jarmush son una fantástica galería de seres humanos perplejos, minúsculos, ensimismados, fascinados, entregados a sus sueños o introvertidos, atrapados en burbujas, ingobernables... entre tal variedad, añadimos ahora un buen puñado de habitantes de Paterson, una pequeña localidad de menos de doscientos mil habitantes en el estado de New Jersey (EEUU)

Paterson, la película, es sobre todo un recorrido minucioso por la rutina de una vida prosaica, desde la mirada poética aunque desapasionada de su protagonista, y una galería de personajes que cruzan por su vida, refugiados en sus pequeños mundos, tan asépticamente, que apenas se relacionan de otra forma que a través de las miradas, de la atmósfera urbana que respiran en común, de los espacios cerrados, como el pub donde cierran la noche, o móviles

como el bus que abre las mañanas, espacios comunes, largo, ancho, profundo y también tiempo, por los que transitan. Sin implicación, casi sin conflicto que trascienda mucho más allá de sus propios egos cohabitando. Es algo así como asomarse a la vida desde la ventanilla de un transporte colectivo, atrapando solo la fugacidad de todo lo que está de paso, recorriendo los puntos de encuentro de una serie de historias con minúsculas, trascendentales desde su intrascendencia en primera persona y solo para sus propios protagonistas, ante la mirada del espectador que solo encuentra, si las busca, complicidades dejándose llevar por esa misma actitud auto contemplativa.



Paterson es una película modesta aunque pretenciosa en sus ambiciosos subtextos, marcada por las constantes narrativas y la mirada personal que imprime a sus films Jim

Jarmusch, que en esta ocasión ha gozado del aplauso prácticamente unánime de la crítica, en otras ocasiones dividida entre sus hechizantes recorridos visuales, empeñados en observar líricamente, reflexivamente, la banalidad fascinante, las coexistencias interculturales, la futilidad de un tiempo que nace para pasar de largo, como las aguas de los ríos que van a dar a la mar, que es la nada, como si la condición esencial de cada ser humano fuese la de ser espectador de sus propias vidas.



Puestos a confrontar poéticas, escribía a años luz de la trivial trascendencia de Paterson, un hombre socialmente comprometido y testigo de tiempos difíciles, como Gabriel Celaya -*la poesía es un arma cargada de futuro*, sosténia, sin embargo- maldiciendo *la poesía concebida como un lujo, cultural por los neutrales que lavándose las manos se desentienden y evaden... palabras que repetimos sintiendo como nuestras y vuelan, como el aire que respiramos, no es un bello producto ni es un fruto perfecto, es lo más necesario y lo que no tiene nombre, son gritos en el cielo y en la tierra son actos*. La poesía, por tanto, vista como munición para afrontar los enigmas existenciales que el futuro nos depara... Gente implicada en la construcción del futuro. Gritos en el cielo y actos en la tierra. Y no sólo nubes que pasan, como el aire, y pasividad contemplativa, la negación de todo acto de compromiso sobre la tierra. No son ahora, tal vez, los tiempos más fáciles, aunque sigamos escribiéndolos desde las añoranzas y los reencuentros son la cultura del bienestar, bien alimentada de galletas con mantequilla, o de *plum-cakes*. Si vivir no es otra cosa que contextualizar experiencias propias y ajenas, tiempos presentes y pretéritos, cualquier experiencia cinematográfica es siempre susceptible de ser sometida a estos contrastes entre los mundos locales y la propia

universalidad de los lenguajes y las pantallas interculturales, al menos para rescatarlas de sus mundos cerrados, tantas veces ensimismados y autocomplacientes.

En esta reflexión sobre la poética y el cine, me parece oportuno, también, recordar al cineasta del *discreto encanto de la burguesía*, el inconformista Luis Buñuel, que buscaba su referente en Octavio Paz¹ “*Basta que un hombre encadenado cierre sus ojos para que pueda hacer estallar el mundo*” y yo –escribía Buñuel-, parafraseando, agrego, bastaría que el párpado blanco de la pantalla pudiera reflejar la luz que le es propia para hacer saltar el universo. Más, por el momento, podemos dormir tranquilos, pues la luz cinematográfica está convenientemente dosificada y encadenada.



Desde esa misma actitud autocomplaciente de Paterson –dosificada y encadenada- y la mirada también encandilada de la crítica cinematográfica contemporánea, tantas veces entregada a estos retóricos ejercicios visuales de vacío existencial, subyugados por seres hipnóticamente inmersos en el discurrir estético de su propio egocentrismo vital, la película de Jarmusch sirve tanto para tomar el pulso a la mirada siempre lúcida y evocadora del cineasta, como a al propio egocentrismo intelectual de la crítica, que desde posiciones elitistas y frecuente -y alarmantemente- desconectadas de la realidad mundana muy poco cool –refugiados, conflictos bélicos, desigualdad social, hambre y miseria en los cuatro continentes- somete a los juicios sumarísimos del examen crítico a los seres del universo filmico que nacen desde -y para- sus propios universos del artefacto ficticio poético, sus retóricas prosaico épicas, para el regodeo intelectual más exquisito, que predica las formas del refinamiento mimético del universo filmico.

¹ Luis Buñuel. “*El cine instrumento de poesía*”

Parecen seres nacidos en la pantalla para complacer sus miradas, las de los elegidos por la diosa sensibilidad. Es desde esta perspectiva que la película me suscita un mayor número de interrogantes y me parece un humilde y sin embargo dulce, inofensivo y bien intencionado –venial- muestrario de actitudes y personajes que ejercen gran influencia en la cultura de nuestro tiempo, con sus atmósferas literarias desclasadas que nos atrapan y a veces con los riesgos de la obscura prepotencia cultural, el abismo *fagocitador*, bajo el alambre del ejercicio crítico que pende de un lado a otro del olímpo escapista, que busca siempre alguna forma de beneplácito social o institucional.



La singularidad de Paterson

Desde su falta de ambición, su entrega pasiva y contemplativa al mundo que le rodea, como una hoja que se deja llevar a merced del viento, sin el menor resquicio para la autoestima, el personaje de Paterson muestra sin tapujos su vulnerabilidad al volante del monstruo mecánico sobre el que recorre la ciudad, casi poseyéndola visualmente, altivamente, desde un privilegiado punto de vista. Su fragilidad se acrecienta sobre el paraguas protector en su propio mundo doméstico, la admiración de la cándida Laura, en su rol de fémina –pintoresca en su afán de construir un mundo de blancos y negros- y subyugada en su condición subordinada, refugio del varón dominado en su nido de amor; y la autoridad dominante que ejerce un bulldog inglés desde el trono, el mejor sillón, la posición de mando, sobre el hogar de una pareja que es feliz y retroalimenta sus rutinas dentro de su cascarón existencial. Humorísticamente, Paterson tiene el tic de enderezar lo que a escondidas el “cabroncete” Marvin (el perro) vuelve a inclinar con terquedad animal, tal vez para ejercer su dominio, para marcar territorio y demostrarle al mundo quien manda aquí.

Paterson conduce el bus. Laura conduce la fantasía. Y Marvin aprovecha los vacíos de la realidad circundante, todos trabajan para él, que gruñe por celos y reclama sus rutinas, sus paseos y en el culmen de su dominancia, hace trizas el elixir de la felicidad, el cuaderno de los secretos, la esencia de las esencias donde Paterson da vida a su mundo escapista: la poesía que rellena sus vacíos, donde anota sus pensamientos que miméticamente nacen de los poemas de otro emblema del otro Paterson, William Carl Williams. El nombre casi simétrico del poeta parece inspirar todo un mundo de duplicidades, de seres gemelos, de calcos de la realidad con identidades diferenciadas, mostrando la vida como un juego donde todos quedamos reflejados en el espejo que muestra lo que somos y lo que no somos.



Simetrías y personajes

Como decíamos al comienzo, en gran medida el hechizo de Paterson nace de la galería de personajes que descubrimos siguiendo los pasos del *bus driver* que convierte en poesía las cosas menudas y las rutinas de su existencia. Gentes extraordinarias en sus pequeñas singularidades, como el rapero que se inspira en los ritmos sincronizados de los tambores centrífugos de una lavandería. El barman que se desafía a sí mismo en solitarias partidas de ajedrez, mientras colecciona fotografías de personalidades de Paterson en el mural de su bar.



El pesimista compañero de la compañía de autobuses, que repasa cada mañana sus desgracias. La niña poeta, que observa *el agua que cae desde el aire resplandeciente como cabellos sobre los hombros de una adolescente...* Un enamorado no correspondido y la joven víctima de sus obsesiones sentimentales, que no logra desembarazarse de él, que recurrentemente recrean una misma situación para llevarla al límite del desquiciamiento, con un divertido simulacro de suicidio que permita descubrir en el fondo del alma de Paterson, un héroe sin suerte, ni tan siquiera, para la gloria del acto más heroico de su existencia.



O, en fin, los numerosos poetas citados que sirven de referencia, como personajes ausentes, como pretextos, desde Petrarca a Allen Ginsberg, Jean Dubuffet o Frank O'Hara, complemento necesario para los versos del escueto William Carl Williams. Y naturalmente, en el desenlace de la película, el poeta japonés viajero que, más por predeterminación que por casualidad, aparece al final como un *hado madrino* para poner un ápice de esperanza en el descorazonador mundo de Paterson. Su misión, entregar una libreta en blanco y una incitación a seguir el camino, a empezar de nuevo la tarea fútil que no es otra que escribir sobre el agua.



En ese juego de simetrías descubrimos un universo de seres gemelos que pasan de largo,

mostrando solo el efecto visual de sus parecidos enigmáticos...



El mundo de Laura

Tan singular como el de Paterson, complemento indispensable, es el mundo de su joven esposa, la ingenua, entregada, amorosa y excéntrica Laura.



En la confrontación de roles, incluso en las constantes del universo fílmico de Jarmusch, cabe observar la mirada masculina sobre el papel de las mujeres, que frecuentemente

responden a un patrón edulcorado en su misión complementaria de secundar al varón. Podemos recordar los personajes femeninos de *Mystery train* (como la joven japonesa de viaje por Memphis que pone chispitas de alegría en la vida de su sieso acompañante) o la joven taxista que conduce por Los Ángeles, de *Night on Earth*, desinteresada por la idea de convertirse en una gran estrella del celuloide pues su sueño se centra en ser mecánico de automóviles. El personaje de Laura parece nacer de una misma fascinación por la complementariedad de lo femenino en su misión para fertilizar y hacer fecunda la vida del varón. Solo ella admira los versos que Paterson ni tan siquiera le deja leer. Primorosamente cuida de la casa, hace la cena, bizcochos, y pone alegría y fantasía en el mundo doméstico. Solo ella tiene sueños, como tener hijos gemelos o montar juntos en Persia sobre un elefante plateado. Y tiene la determinación de perseguirlos, comprando un método y una guitarra para soñar con ser una estrella del rock.



Título original: *Paterson*

Año: 2016. Duración: 113 min.

País: Estados Unidos

Director: Jim Jarmusch

Guion: Jim Jarmusch

Fotografía: Frederick Elmes

Reparto:

Adam Driver, Golshifteh Farahani, Kara Hayward, Sterling Jerins, Luis Da Silva Jr., Frank Harts, William Jackson Harper, Jorge Vega, Trevor Parham, Masatoshi Nagase, Owen Asztalos, Jaden Michael, Chasten Harmon, Brian McCarthy

Productora

Amazon Studios / Animal Kingdom / K5 Film

<http://www.filmaffinity.com/es/film779635.html>

<http://www.imdb.com/title/tt5247022/>

